

DEEPAK LAL, *Unintended Consequences. The Impact of Factor Endowments, Culture, and Politics on Long-Run Economic Performance*. The MIT Press. Cambridge, Massachusetts y Londres 1998. X + 287 páginas. ISBN 0-262-12210-3.

Deepak Lal nació en la India y se educó en Delhi y Oxford. Ocupa la cátedra James S. Coleman de Estudios de desarrollo internacional en la Universidad de California, Los Angeles, desde 1991. Es un hombre que ha ido evolucionando hacia el liberalismo clásico, pero con teorías sumamente originales provenientes de una formación ciertamente heterogénea.

Este reciente libro suyo es una colección de datos e hipótesis que apoyan una tesis central. A cualquier persona de nuestro ambiente, formada en la rigurosidad científica de la tradición europea, puede llamar la atención que el MIT publique una obra muy desaparejada en ese sentido. Esto no puede atribuirse a un supuesto retraso de la cultura norteamericana, pues previamente había sido el tema de las Ohlin Memorial Lectures en la Escuela de economía de Estocolmo (1995) y de seminarios en California, Hong Kong y Buenos Aires. Quizás se podría suponer que obedece a la cuasi ignorancia absoluta de los economistas de todo lo que no sea su ciencia.

La intención original del libro, que está en la línea de las investigaciones previas de Lal, es muy interesante: analizar cómo los valores culturales inciden en la *performance* económica y política de las diversas civilizaciones: Antiguas —Egipto, Mesopotamia y Judea, India, China y el Islam—, Occidente, y la actualidad de India, China y el Sudeste asiático. La conclusión y tesis también son interesantes: sólo se han dado las condiciones para un crecimiento intensivo en Occidente, gracias al espíritu individualista fomentado no intencionadamente por la Iglesia Católica. Pero en cuanto se desciende a un nivel inferior comienzan los problemas.

Un primer problema es la visión materialista de Lal. Las culturas o «creencias cosmológicas» y las organizaciones políticas de las civilizaciones han sido determinadas por las condiciones geográficas de las mismas. Esta visión condice con diversos elementos darwinianos y neo-darwinianos y con una concepción conductista de las acciones humanas (llega a explicar las emociones, el amor y el odio sexuales mediante las sustancias neuroquímicas).

Un segundo problema, que contiene innumerables sub-problemas, es su interpretación del accionar de la Iglesia católica. Lal tendría que haber supuesto que su condición de indio podría inhabilitarlo para un análisis adecuado de estas realidades. El individualismo, entendido como la tendencia del hombre a actuar siempre siguiendo las normas de la racionalidad instrumental, explica el crecimiento de Occidente. Éste, y con el mismo, el derecho, la organización política occidental y el mercado, surgen como consecuencia del espíritu católico. En este sentido, Lal considera claves las disposiciones de los Papas Gregorio I y Gregorio VII motivadas en el «hambre adquisitivo» de la Iglesia. La misma Iglesia mitiga las consecuencias no deseables del individualismo infundiendo el sentimiento de culpa, mediante la idea de pecado original y sus regulaciones estrictas en materia sexual, que sometían a los hombres a la absolución de los funcionarios eclesiásticos.

Siempre según Lal, este proceso falla en cuanto avanza la secularización con el correr de los años. La ilustración sólo considera una idea «lavada» de un dios relojero, que se pierde definitivamente con la muerte de Dios. El vacío de la creencia católica es llenado por otras creencias cosmológicas (la última, el «eco-fundamentalismo») que no consiguen recrear la difícil ecuación individualismo-culpa, clave del desarrollo autosostenido, que había logrado el catolicismo.

Lal concluye, con una lógica que debe ser india, que Japón, India y China, están mejor preparados para recibir el legado del proceso Occidental, el mercado, despojándose de todos los elementos contingentes: las creencias, las culpas, los derechos, el igualitarismo, la familia Occidental, la democracia, etc.. La modernización no requiere una «occidentalización». Esas sociedades orientales poseen un «cemento social», la vergüenza, que las habilita para adoptar el mercado. No las puede afectar ningún proceso de secularización, ya que su cohesión social no depende de ninguna culpa y creencia en Dios. Se reirán del individualismo Occidental diciéndole: «Médico, cúrate a ti mismo».

Ricardo F. Crespo

MARÍA CRISTINA REYES LEIVA, *El ser en la metafísica de Carlos Cardona*. Serie de Filosofía Española. Cuadernos de Anuario Filosófico. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra. Pamplona 1997. 123 páginas. ISSN 1138-3232.

Licenciada en psicología por la Universidad de Chile y en Filosofía por el Pontificio Ateneo de la Santa Cruz, María Cristina Reyes nos descubre, en este breve y compacto estudio, la concepción del ser, la libertad y el amor en la obra de Carlos Cardona (1930-1993).

La introducción del texto nos presenta a Cardona como un pensador eminentemente metafísico, movilizado por el amor y la nostalgia de un Ser que desde los inicios de la modernidad se ha ido perdiendo. El objetivo de su lucha intelectual se centrará, por tanto, en la recuperación de la «memoria metafísica» (p. 8). Pero esta reconquista no es sólo una cuestión cognoscitiva, sino que es a la par una cuestión ética, porque la metafísica, dice Cardona, «es efecto del amor y no su causa. Y éste es el conocimiento perfecto, el «conocimiento afectivo de la verdad»». En síntesis, el «momento moral» es esencial al «conocimiento metafísico», así como el «momento intelectual» lo es a la «configuración de la ética» (p. 5).

Siguen a la introducción tres grandes capítulos: el primero nos ubicará en el contexto filosófico de Cardona; el segundo describirá el olvido del ser en el inmanentismo moderno; el último propondrá los principios filosóficos fundamentales para un retorno al ser.

Capítulo Primero. A continuación de una copiosa nota bibliográfica (pp. 11-17), se detallan las cuatro fuentes fundamentales en el pensamiento de Cardona: Tomás de Aquino, Étienne Gilson, Cornelio Fabro y Søren Kierkegaard. El Aquinate es para Cardona el «Maestro del Ser» (p. 20) y su lectura la realizará bajo la guía de Gilson y Fabro. Del primero logrará la noción y resolución por una «filosofía cristiana» (p. 21), el redescubrimiento del acto de ser en Tomás de Aquino (p. 22) y el realismo como método y actitud teórica (p. 22) que exige del filósofo una «opción intelectual» (p. 23). Con respecto a Fabro, la autora cifra su influencia en la noción de «inmanencia» (p. 23) como posición especulativa opuesta al realismo y en la «originalidad primaria de la libertad como creatividad participada» (p. 24). En otro lugar se cita también la revalorización fabriana de la participación tomista (pp. 74- 75). No obstante, creemos que su influencia es decisiva y se manifiesta a lo largo de casi toda la temática cardoniana desplegada en el texto, a saber: los términos en que es puesta la diferencia entre el inmanentismo, como primacía del «ser de consciencia» y el realismo, como primacía de la «conciencia del ser» (p. 29); la afirmación del voluntarismo implícito en el *cógito* cartesiano y explicitado en el pensamiento moderno y contemporáneo (p. 30); la crítica a la verdad concebida como certeza que se consume en la nietz-